

Notas sobre la comprensión.

La comprensión como forma especial de conocimiento, ha surgido en el campo de la ciencia espiritual. Sus primeros enunciados se deben al filósofo alemán Dilthey, y ha sido ampliamente desarrollada en los últimos tiempos, sobre todo en el dominio de la psicología, con Spranger.

Para Dilthey, la comprensión es uno de los elementos de la hermenéutica, es decir, de la interpretación. Nosotros mientras vivimos, estamos siempre interpretando nuestras vivencias personales y ajenas, lo mismo que las vivencias históricas. Hay una línea que comienza en la vivencia y termina en la comprensión. En medio está la expresión. En otras palabras, para la interpretación hay tres momentos, íntimamente relacionados, que son la vivencia, la expresión y la comprensión. Toda vivencia se expresa y esta expresión puede ser comprendida por nosotros.

Hay que tener presente que comprender no es *captar* simplemente la expresión, sino sobrepasar ésta para llegar a la vivencia misma. Con la comprensión penetramos en la profundidad de la vida —de la vida del hombre, de la vida histórica. Dadas, pues, ciertas vivencias históricas o personales, y dadas sus expresiones— que son toda manifestación intelectual, afectiva o volitiva posible— el hombre asume frente a ellas una actitud especial que es la comprensión.

La comprensión es una identificación con el objeto que se comprende. Es un acercamiento afectivo, de simpatía, de tal manera que sujeto y objeto forman una *unidad*. Cuando se comprenden los hechos de un alma humana o ciertos hechos históricos, es como si se estuviera sumergido en esa alma o en esos hechos históricos. Todo se ve claro y se siente, por decirlo así. Cualquier vibración halla eco en nosotros. Los objetos no están a distancia, sino parecen formar parte de la corriente de nuestra conciencia, en estrecha identificación, sin que por ello se perjudique la objetividad, sino, al contrario resulta realizada y plenamente reconocida.

Spranger agrega a la teoría de la comprensión la noción de sentido, que viene a ser vivencia de los valores. Para Spranger la comprensión no es sólo rebasar la expresión y llegar a la vivencia misma; sino coger también el matiz axiológico de dicha vivencia. Todo espíritu humano se dirige a ciertos valores, y resulta conformándose una estructura determinada, presidida por el valor con el cual se ha puesto en contacto. Hay así diversos tipos: religioso, teórico, económico, etc. Pues bien, la comprensión debe captar este sentido axiológico de las vivencias.

En general, la comprensión —como la concibe Dilthey o como la concibe Spranger— tiene las siguientes características:

- 1) Es no intelectual. Es afectiva irracional.
- 2) Fundo en uno sujeto y objeto.
- 3) Capta totalidades.

Esta última característica se explica por las anteriores. En efecto, al identificar el sujeto con el objeto, la compren-

sión se opone a los métodos intelectuales que separan sujeto de objeto. En el intelectualismo ocurre como si el hombre se alejara del objeto, para poder contemplarlo mejor, para poder analizarlo. Pero una cosa es vivir algo, y otra, describirlo. Cuando vivimos, vivimos simplemente. Cuando describimos, necesitamos levantarnos, un poco, salirnos del plano de la vida y llegar hasta un sitio desde donde podamos describir bien. Por eso es que aquí, en la descripción, en el análisis, en el método intelectual, se contraponen sujeto y objeto: porque al desprendernos de la vida, lo vivido queda como objeto extraño, apartado de nosotros. La comprensión pues, en su momento esencial y decisivo, se opone al intelectualismo; porque con ella descendemos de nuevo al plano de la vida, vivimos sencillamente, y entonces el objeto ya no es algo extraño, sino se identifica con nosotros mismos, como tal, en su unidad verdadera e intangible.

Ahora bien, es natural que dentro del intelectualismo que nos separa de los objetos, lo que captamos sean partes, y no totalidades. Cuando nosotros nos elevamos sobre la vida para "ver" mejor el objeto, lo que queremos es "ver mejor las partes" del objeto, sus elementos, sus articulaciones. Por eso es que el intelectualismo analiza y desmenuza la vida y la reduce a fragmentos. La sicología naturalista, explicativa, no ha hecho otra cosa en el campo de la vida psíquica.

En cambio, dentro de la comprensión, que nos une a los objetos, lo que captamos son totalidades y no partes. Estando a la altura de lo vivido, tenemos la impresión del conjunto. Sólo cuando nos alejamos, comenzamos a analizar. De lejos, vemos las partes. En los objetos mismos, a una con ellos, vemos la totalidad.

De esta manera, la comprensión se ha constituido en el método por excelencia de las ciencias del espíritu. Allí donde existe algo vivencial, de vida, los métodos intelectuales, propios de las ciencias naturales deben proscribirse. Hoy la comprensión se aplica en psicología, en sociología y en historia.

Importancia de la comprensión.—El método comprensivo tiene gran importancia desde el punto de vista de la concepción de vida. Hubiera sido absurdo dentro de la época intelectualista. Hoy, al contrario, es expresión de la nueva manera de mirar las cosas del mundo y del hombre. La teoría de la comprensión trae al hombre hacia la vida, hacia su propia vida. Lo vuelca en su propia existencia. El hombre ya no se aleja del mundo, sino se acerca a él.

El resultado de todo esto es que las preocupaciones gnoseológicas decaen y crecen, al revés, las preocupaciones metafísicas. El hombre intelectualista, lejos del objeto, cree que el ser es algo inalcanzable, algo que reside más allá de donde su mirada llega. Por eso es escéptico frente a la metafísica, y le parece en cambio lo más natural investigar las posibilidades de nuestra capacidad para conocer, es decir, investigar las posibilidades de nuestra capacidad para ver, para analizar mejor las cosas de la vida, desde el plano teórico, no vital, en que está colocado.

La actitud no intelectual procede inversamente. No tiene por qué investigar su capacidad para conocer, desde que vivencialmente, por su propia experiencia, de hecho está conociendo. Puesto en la vida, no necesita asegurarse de su conocimiento, por que sencillamente siente las cosas, las vive. Para él el ser no es algo lejano sino algo inmediato, que está

viviendo. Por eso el hombre de hoy es eminentemente metafísico.

La comprensión significa pues la sumersión del hombre en el ser. Y así se reivindica un hecho real que es el siguiente: la vinculación del hombre con el mundo es mucho más profunda que la mera vinculación cognoscitiva. Por el conocimiento el hombre se inserta en el mundo, pero antes todavía se inserta porque está viviendo y porque el mundo es su medio. En otras palabras, entre el hombre y el mundo hay una relación práctica, activa.

Quien mejor ha enfocado este problema es Martín Heidegger. El nos dice que las cosas en realidad no son objeto de contemplación, sino "pragmatas". Es decir, el mundo no está hecho para que pensemos en él, para que lo analicemos y describamos exclusivamente. Claro que ésto es algo que podemos hacer. Pero el mundo no está "dedicado" a ésto y nada más. Primordialmente el mundo es algo que se vive y que está fuera de toda descripción. El mundo está constituido por "pragmatas", por instrumentos. O sea que el mundo sensible, al cual llamamos real, es algo que está al alcance de la mano, algo en lo cual actuamos. Todas las cosas del mundo no "son" simplemente sino que son útiles "para" algo. Instrumento, según Heidegger, es un "su" (para). Así por ejemplo el lapicero sirve para escribir, la casa para habitar, etc. Siempre el ser de un objeto está destinado para algo más importante. Si nosotros sabemos que todo objeto es "para" y observamos ahora con cuidado, veremos que puede formarse una pirámide en cuya cúspide se encuentra el hombre. En efecto, todo objeto, el mundo en general, es para el hombre. Todos los instrumentos sirven al hombre.

Dentro de esta posición original del hombre en el mundo no hay problemas, gracias a la inmediatización perfecta entre el sujeto y sus objetos. Pero cuando esta vinculación se relaja, cuando el hombre se olvida de la practicidad del mundo, cuando deja de vivir las cosas, y se aleja y toma actitud intelectual de análisis, entonces es comprensible que el mundo ya no sea cosa activa sino cosa de contemplación.

Algo semejante cree Bergson. Para él el mundo es práctico y nuestros conceptos son sólo formas teóricas de ese mundo práctico. La ciencia, por ejemplo, no es más que un esquema rígido de conceptos, constituido sobre el modelo de los cuerpos sólidos. Por tanto, mientras el conocimiento intelectual nos da la impresión de que el mundo es estable, el conocimiento por intuición nos dice que es fluido y cambiante. El mundo es por fuera, superficialmente, reductible a conceptos. Pero por dentro es completamente "duración". Ahora bien, la verdadera realidad es esto último.

En resumen, el mundo es esencialmente para el hombre, y en cuanto aparece la actitud contemplativa deja de "ser para", para "ser" simplemente.

Y así llegamos entonces a la conclusión paradójica de que la esencia (la esencia es el ser del objeto captado en posición intelectual) es un poder de parecer. En efecto, mientras estamos en el mundo práctico conocemos *realmente el ser* de las cosas, porque vivimos cada cosa. Pero en el momento en que aparece el desdoblamiento entre sujeto y objeto, ya no vivimos si no vemos, y lo que vemos *ya no es* la cosa verdadera con su verdadero ser sino una figura de la cosa, un parecido de la cosa. A esto que se *ve* intelectualmente nosotros le llamamos de modo corriente esencia. Luego,

si la esencia corresponde a un parecido de la cosa y no a ella misma, es cierto lo que hemos dicho: paradójicamente la esencia no es el ser sino un parecer.

ENRIQUE BARBOZA.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»